

Introducción

¡Triste época la nuestra! Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.

Albert Einstein

Por muchas búsquedas en Google que se hagan no se encontrarán referencias a una sociología feminista. Como veremos, la sociología se constituye, al menos en sus primeros cien años, en una ciencia de las instituciones sociales. Y de unas instituciones sociales concretas; precisamente aquellas que aparecen en Inglaterra a partir de 1650, en EE.UU. a partir de 1776, en Francia a partir de 1789 y en el resto de Europa durante el siglo XIX. La Revolución Industrial generará la sociología del trabajo; la transición de la familia extensa a la nuclear dará lugar a la sociología de la familia; el proceso de laicización, a la de las religiones; la generalización de la enseñanza y del valor de la meritocracia a la de la educación; las nuevas instituciones democráticas (partidos, elecciones, lobbies) a la sociología política. Y así sucesivamente.

Esta se distingue, por un lado, de la antropología, que estudia las sociedades preindustriales y, por el otro, de la psicología, que estudia los procesos mentales de los seres humanos, no sus acciones.

Desde sus inicios la sociología trató de establecer un paradigma para explicar cómo la acción humana reproduce ciertas funciones que mantienen la estructura social. El objetivo de la misma no era otro que prevenir un gran cambio. Y sin embargo, la especie humana nunca ha atravesado una época más convulsa que los últimos 250 años. Por eso sociólogos y sociólogas, al menos desde después de la Primera Guerra Mundial, han rebuscado en la antropología, el psicoanálisis, la fenomenología, la economía, la lingüística, la historia y la filosofía política y moral, los argumentos de su adaptación a los nuevos hechos sociales. Además, a lo largo de los últimos 50 años se ha desarrollado una sociología de la ciencia que permite mantener una permanente vigilancia epistemológica sobre los productos mismos de la ciencia social (Bourdieu, Chamberedon y Passeron 1973) y una cuidadosa genealogía de

las palabras; porque son las palabras las que ocultan o hacen surgir, como por arte de magia, las cosas.

Cuando Simone de Beauvoir dijo «La mujer no nace, se hace» dio el primer paso de esta nueva epistemología. Cuando Donna Haraway explicó cómo la biología misma era el producto del quehacer humano, dio otro más. Cuando Judith Butler escribió *Lenguaje, poder e identidad* (1997) dio, por ahora, el último. Estas son algunas de las madres de los cambios epistemológicos y por ello, junto a otras, serán autoras a las que se dedicará atención en los capítulos posteriores, puesto que el objetivo de este libro no es otro que el de rellenar algunos huecos que se observan en la producción científica.

Mediante una perspectiva reflexiva se observará cómo la sociología feminista ha supuesto una revolución epistemológica en las ciencias sociales. A partir de la misma se ponen en entredicho los postulados más firmes de la sociología dominante. Pero para poder concluir este hecho conviene explicar conceptos, teorías y sentar ciertas bases teóricas y empíricas de una sociología del género. Esta base es muy necesaria ya que a diferencia de disciplinas como la economía –que ha acabado presentando una de sus especialidades como economía feminista- o de la psicología y la antropología que han desarrollado toda una línea editorial en la cual se muestran las aportaciones desde ellas realizadas al feminismo–, la sociología no ha contado con experiencias de este tipo¹. Así, la sociología suele ser la gran desconocida entre el alumnado que cursa estudios de género.

Para empezar, este alumnado seguramente ignorará el origen de muchos de los conceptos utilizados actualmente, como sucede con el de «género» –término que se ha convertido en el oficial de los estudios sobre las mujeres– y sobre el cual pocas veces se recuerda que apareció por primera vez en 1975, en el texto de Gayle Rubin: «El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo»². Lo mismo que sucede con muchos otros vocablos que este libro pretende recuperar. Para ello, en la primera parte del texto se hace una genealogía (Foucault 1976) de los aportes feministas.

La hipótesis de la que parte este texto es que el corpus central de la sociología feminista actual se construye entre 1963 –iniciándose con *La Mística de la feminidad*– y 1975 –con el texto de Gayle Rubin– con el antecedente imprescindible de *El segundo sexo* (1948). Para demostrar esta hipótesis se

¹ Entre otras razones porque los «padres fundadores» ignoraron a la mitad femenina de la humanidad.

² Ver de Rubin, G. (1986). «El tráfico de mujeres: notas sobre la «economía política» del sexo». *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, pp. 95-145. Ed. Original 1975.

realiza una genealogía de las aportaciones teóricas feministas que se han considerado más relevantes. Se inicia la exposición con los antecedentes y los primeros sociólogos, para seguir explicando tanto autoras como obras claves de las distintas teorías feministas –liberal, radical y socialista– de cada una de las corrientes existentes del feminismo. Y, para que las personas que se acercan a esta materia tengan un conocimiento preciso de las aportaciones que han realizado una serie de autoras y autores que se consideran relevantes se utilizan algunas de sus formulaciones. De este modo, en muchas ocasiones se expone la teoría utilizando determinados fragmentos de los textos originales de las propias teóricas y teóricos.

Estas aportaciones del primer bloque y más concretamente las propuestas desde el feminismo de la igualdad sirven de marco teórico para analizar posteriormente determinados fenómenos sociales.

Esta dimensión más aplicada de la sociología es importante sobre todo a partir del proyecto de nueva sociología que inaugurara Durkheim, en 1897, con *El suicidio*. Desde entonces, la sociología se presenta como ciencia delimitada, con regularidades y hechos sociales analizables a través de la estadística, y volcada a la acción. Es decir, que esta se concibe como herramienta de actuación que afecta a la praxis social y política, pues si por un lado es cierto que la sociología nació como ciencia de orden, no lo es menos que la sociología posee una gran capacidad para visibilizar las relaciones jerárquicas de poder y explicar algunos de los fenómenos estructurales sobre los que se sustenta la desigualdad. Así, un análisis de este tipo permitirá diseñar horizontes más igualitarios o al menos no tan discriminatorios.

Por ello, en la segunda parte de la obra se hará una sociología de género aplicada que no aspira tanto a ser «sociología feminista», cuanto a ser una sociología «sin anteojeras». Esta sociología da cuenta de que la vida social se encuentra regulada por las diferentes relaciones que en ella se establecen y que una de las relaciones más significativa es la que se produce entre hombres y mujeres. Aplicar esta mirada (solo posible a partir de las teorías feministas) al conjunto de la sociedad permite hacer una aproximación a la compleja realidad social analizando los espacios, los tiempos, las relaciones de dominación y las posibilidades de transformación. Se trata de hacer una sociología aplicada que parte de que hombres y mujeres viven, siente, padecen, desean, ocupan y representan distintos papeles en esta sociedad.

Los cambios sociales introducidos por las feministas están suponiendo una verdadera revolución social (lenta, silenciosa, parcial, con todas las limitaciones que se deseen adjudicarle), pero también los feminismos y la sociología

del género y feminista están suponiendo una revolución epistemológica en las ciencias sociales. Sin embargo, los cambios acontecidos en las mismas no son visualizados por las nuevas generaciones de estudiantes. Son muchas las aportaciones que hacen los feminismos y sin embargo no se ha reconocido su importancia en la construcción de la ciencia. Esta falta de reconocimiento es el origen de este libro. En el mismo se pretende dar cuenta de la evolución de las teorías feministas en su primera parte, y mostrar, en la segunda, la utilidad de las teorías feministas para interpretar la realidad social. El texto se compone por tanto de dos partes bien diferenciadas pero complementarias.